

Recepción / Received: 4 de febrero de 2023
 Aprobación / Approved: 11 de abril de 2023



REPORTAJE A MANUEL ANTONIO BAEZA “NUEVOS IMAGINARIOS IMPACTARÁN EN NUESTRAS RELACIONES SOCIALES”

*Report On Manuel Antonio Baeza
 “New imaginaries will impact our social relations”*

La potencia que tiene la teoría de los imaginarios sociales para la comprensión del mundo es visible en la obra del sociólogo chileno Manuel Antonio Baeza Rodríguez. Sus aportes de conocimiento, construidos desde fines de la década de los años ochenta, entre París y Concepción, se mueven entre las teorías constructivistas y fenomenológicas de acercamiento a la realidad social.

Andrea M. D'Atri¹ 

^a Universidad Nacional de La Pampa. Santa Rosa, Argentina.

 andreadatri2012@gmail.com

Varios libros, artículos, conferencias y seminarios dan cuenta de la intención de Manuel Antonio Baeza Rodríguez por desentrañar, desde la teoría y metodología de imaginarios sociales, la comprensión de las subjetividades no siempre visibles en el complejo mundo social.

Los estudios sobre imaginarios sociales que caracterizan la obra de Baeza tienen eje central en su tesis doctoral, con un estudio sobre religiones. Pero, con el transcurrir del tiempo, los temas de interés serán múltiples: la política, los medios de comunicación, los pueblos originarios, las

identidades, la misma teoría y metodología, entre muchos otros. El libro que muestra el origen de su posterior recorrido teórico es *Los caminos invisibles de la realidad social* (2000). Le seguirán *Imaginarios sociales. Apuntes para la discusión teórica y metodológica* (2003); *Mundo real, mundo imaginario social. Teoría y práctica de sociología profunda* (2008); *Hacer mundo. Significaciones imaginario-sociales para constituir sociedad* (2015) y *Enigmas del presente. Entre el neo-salvajismo y el pseudo populismo* (2020).

En el siguiente reportaje, nos propusimos conocer las motivaciones que llevaron al investigador por ese camino. Ponemos el foco en conversar acerca del recorrido personal en relación con una teoría muy particular vinculada a las significaciones

¹ El presente reportaje, es una reformulación de algunos aspectos trabajados, en el libro de mi autoría *Conversaciones con Manuel Antonio Baeza. Una entrada a los imaginarios sociales* (D'Atri, 2022).



intersubjetivas; su alcance, sus posibilidades y encuadre actual y futuro, en el gran arco de la teoría social.

—Manuel Antonio, ¿Cómo es que llegas a interesarte en el estudio de las teorías de imaginarios sociales?

—Mi formación sociológica es enteramente francesa, desde comienzos de la década de los 80 y hasta la obtención de un doctorado en sociología, en 1993, en la Universidad de La Sorbonne Nouvelle, Paris III. Esto se debió a las condiciones políticas producidas en Chile desde septiembre de 1973 y que me condujeron por los inciertos caminos del exilio al año siguiente. Habiendo llegado a Francia, tras ir superando gradualmente el trauma de una salida intempestiva de mi país, logré rearmar un proyecto personal que comprendía una formación universitaria completa, teniendo como propósito, a través de las ciencias sociales, dar una relectura crítica de lo que nos había tocado vivir en, prácticamente, toda América Latina. Hay en ello,

según mi punto de vista, una búsqueda personal de continuidad, tras una ruptura brutal.

Exilio y después

Manuel Antonio Baeza Rodríguez nació el 26 de octubre de 1950 en Santiago de Chile, pero creció en Valparaíso. Siendo adolescente, participa en grupos políticos de izquierda y llega a ocupar la secretaría de organización del Partido Socialista Cristiano de su ciudad, en los años de efervescencia política previos a la llegada del gobierno socialista de Salvador Allende.

Cuando, en 1973, el golpe militar al mando del general Augusto Pinochet inicia una cruenta y larga dictadura, Baeza permanecerá un año y unos meses en Valparaíso, hasta que se verá obligado a salir -con apenas 24 años- de su país natal. Por eso, el exilio lo vivirá mayormente en París, donde realizará sus estudios en Ciencias Políticas, primero, y en Sociología, después, en la Sorbonne Nouvelle (Paris III).

—¿El exilio europeo, cómo cree que impregna su personalidad y sus investigaciones?

—Creo que aprendí tempranamente que la vida, a pesar de darte a conocer rupturas tan fuertes como tener que abandonar tu país antes de los 25 años de edad, tiene también poderosas continuidades. Valparaíso de mi infancia, el esfuerzo de mi madre en especial, me comunicaron el valor del esfuerzo, también el de la solidaridad entre personas y grupos humanos. Eso es algo que me ayudó siempre en Europa: yo era un latinoamericano exiliado que debía aprender a vivir de nuevo. Si pudiese resumir todo un aprendizaje de más de veinte años en otras latitudes, diría que, en ese proceso, se termina imponiendo una sólida mirada humanista, al mismo tiempo que un rotundo y definitivo rechazo de los fanatismos de toda índole, de los totalitarismos, de las intolerancias.

—A mediados de los años noventa, regresa a Chile. ¿Cómo fue ese proceso e ingresar a la Universidad de Concepción?

—El momento de mi incorporación era importante, porque había que participar en la reaparición académica de la Sociología, considerando que, claramente, había una generación faltante de profesionales por el hecho del cierre de todas las carreras de Sociología en el país durante la dictadura. La motivación personal fue considerable, era participar de una etapa refundacional en la formación de futuros profesionales que siempre consideré necesarios, sobre todo en países con tantas desigualdades, con tanta exclusión social, con tanta violencia latente y manifiesta.

—¿Y cómo es que se genera el nexo entre la sociología y la teoría de imaginarios sociales?

—Ha sido un recorrido lento. El contexto intelectual no fue jamás demasiado favorable, considerando que el pensar filosófico y científico-social estuvo demasiado tiempo atrapado entre el objetivismo y el subjetivismo que, entre otros, Pierre Bourdieu criticara frontalmente y se propusiera superar. Positivismo, sobre todo francés, e idealismo, sobre todo alemán, se habían atrincherado, prolongando, a través del método científico, la disputa hasta el debate entre miradas cuantitativas y cualitativas, con una pretensión de irreductibilidad epistemológica. Dilthey contribuyó poderosamente a la distinción feliz entre ciencias nomotéticas y ciencias del espíritu, tal como se las denominaba en el siglo XIX.

La reivindicación de la voluntad humana y de la imaginación no fue tarea fácil; el carácter volitivo de las revoluciones sociales y políticas estuvo siempre presente, su tratamiento e integración en los análisis fue problemático, por razones de percepción temprana de peligrosidad para el orden social. En esta línea argumentativa,

debemos considerar, con Aristóteles, el necesario sometimiento de aquella a la razón; luego, debemos decir que diversas cuestiones teológicas en la Edad Media no podían sino contener la voluntad, por sus riesgos sobre todo profanos y proclives a la herejía. Finalmente, en la era Moderna, a pesar de Descartes y su idea de “voluntad infinita”; de Hume y el empirismo de la voluntad aplicada a la acción; de Kant y su relación entre voluntad y moral, de las formas especiales de considerar la voluntad tanto por Schopenhauer y el tema del vivir como por Nietzsche y el tema del poder, es evidente que, para las ciencias sociales, la cuestión de la voluntad no tuvo nunca el rango de importancia que tiene.

En cuanto a la imaginación, si bien es cierto que desde Aristóteles la cuestión comienza a plantearse, habrá que esperar hasta Locke, Hume y Berkeley, así como también la importante contribución de Kant, para al fin restituirla, a propósito de la percepción y el papel, en ella, de los sentidos. Invocar los excesos del subjetivismo requiere, también, reflexionar acerca de respuestas irreverentes frente a los excesos del objetivismo, lo cual, a mi parecer, deja en la opacidad la debida comprensión de los alcances del concepto mismo de subjetividad. Bachelard y Castoriadis son fundamentales en el siglo XX para lo que se puede considerar, entonces, como una tarea pendiente, sin omitir, desde luego, algunas de las ventanas abiertas por ciertas tendencias del psicoanálisis.

—¿De manera que allí residirían los diálogos que permiten el desarrollo de un campo como el de imaginarios sociales?

—Es desde allí que las ciencias sociales han desarrollado nuevas curiosidades, a propósito de lo cual la lista de intelectuales que han emprendido el camino de esos nuevos conocimientos comienza ya a ser larga, desde —me atrevería a decir— el último cuarto del siglo XX. De hecho, esos trabajos se han canalizado, sobre todo, en torno a dos grandes conceptos: el de representaciones sociales (desde Moscovici y Jodelet, en adelante) y el de imaginarios sociales, que, personalmente, me convoca desde

mediados de la década de los noventa. Esto es un giro importante en las perspectivas de análisis. Definitivamente, la Sociología, por ejemplo, al trabajar seriamente con sociedades compuestas de seres de carne y hueso, debe dejar de lado el frío análisis de sistemas sociales que remiten a simples flujos de comunicación, sin jamás hacerse cargo del factor subjetividad y de los contenidos mismos de dichos flujos. O sin jamás abandonar la lógica absurda de autorregulaciones de tales sistemas, como si el imprevisto no fuese a ocurrir en ningún momento; como si se tratara de “irritaciones” que se lograría superar.

¿Una metateoría?

—Entonces, ¿cómo exponer y hacer comprensible los imaginarios sociales y cuál es el potencial de una teoría desde ellos?

—Sostengo que el campo de los imaginarios sociales se sustenta en lo que es, a estas alturas, una metateoría, por la densidad y nivel de abstracción que ha alcanzado. Creo que lo fundamental está en el estímulo y en el incremento de las investigaciones en diversas disciplinas. Los ámbitos posibles son ya muy numerosos, incluyendo cuestiones tan variadas como el medio ambiente, las religiones, las nuevas concepciones de lo político, el mundo de los jóvenes, la ciudad, las redes sociales, la conflictividad social, así como también trabajos referidos al arte, a la comunicación, al mercado, a las nuevas conciencias individuales y el individualismo, etcétera. Soy un convencido que, en un mundo en plena transformación global, el campo de investigación sobre imaginarios sociales es muy probablemente uno de los más promisorios.

—En el libro “Enigmas del presente...”, se desarrolla el concepto estructura simbólica de ajuste. ¿Cómo es que contribuye al análisis de las crisis sociales?

—En diálogo directo con la socio-fenomenología, necesitábamos observar con mayor claridad la dinámica propia de la experiencia del mundo de la vida social. Los imaginarios sociales son de matriz filosófica. Y, por eso, nosotros “aclimatamos” un concepto como el de estructura simbólica de ajuste, ya en el año 2000. En investigaciones llevadas a cabo con la antropóloga Andrea Aravena, descubríamos que la institucionalización de significaciones a nivel social era de una provisoriedad mucho mayor de lo que la descripción de la heteronomía nos mostraba a primera vista. Esto quiere decir que, en sociedades como las nuestras, el orden social se estremecía con mayor facilidad que en el viejo continente, por el hecho mismo de las desigualdades, la exclusión social, la negación de identidades sociales, como la de los pueblos autóctonos, por ejemplo, del violentamiento incesante de la dignidad humana, etcétera. Descubrimos, al trabajar sobre la desconfianza y el descontento en el Chile actual, que las legitimaciones más elementales para la coexistencia pacífica del conjunto de la sociedad chilena eran muy frágiles y que, por el contrario, desde hace un poco más de diez años, la estructura simbólica de ajuste que se logró instalar desde la salida de la dictadura, es decir, con el retorno de civiles al poder y, con ello, la reinstalación de la democracia representativa, había entrado en crisis. En el tránsito de la desconfianza al descontento, y luego a la interpelación, hay todo un proceso que se pone de manifiesto. En “Enigmas del presente...”, he pretendido describir esa crisis, en medio de la cual nos encontramos.

—¿Y qué aspectos no se han trabajado aún, desde los imaginarios sociales?

—En sociedades complejas, los fenómenos sociales presentan siempre un mayor grado de complejidad. Esos fenómenos involucran —hablando como Georges Gurvitch— diferentes niveles, desde lo macro hasta lo microsociedad y viceversa, lo cual requiere de una mayor integración de elementos que, quizás, hasta ayer, se dejaban de lado. Tal es el caso, por ejemplo, de las emociones que, por tratarse

del plano individual, se abandonaba a la psicología, como si tal fragmentación fuese posible y hasta analíticamente deseable. Todo esto me conduce a sostener la idea de que cualquier ámbito de lo social nunca ha sido trabajado suficientemente.

Los desafíos científicos

—¿Los cambios socioculturales constantes, qué nos requieren a los y las científicos sociales?

—La sociedad del siglo XXI se está recién construyendo sobre la base de una revisión crítica muy amplia de lo que existía. Esto comprende nuestras formas de concebir la economía, las relaciones con el medio ambiente, las diferencias entre los seres humanos, los sistemas políticos, pero también las interacciones a nivel de los individuos. Están en curso transformaciones culturales, imaginarios sociales a escala a la vez macro, meso y microsociales, que impactarán fuertemente sobre la naturaleza misma de nuestras relaciones sociales. En tales condiciones, el investigador y la investigadora deben desplegar mucha lucidez y capacidad de observación en esta brutal aceleración de la historia, en donde la elucidación de múltiples procesos simultáneos será difícil, áspera y, como si fuera poco, llena de “fake news”. Pero, en síntesis, en medio de esa vorágine, será indispensable dirigir siempre la mirada hacia las personas, hacia los grupos humanos, porque serán ellos quienes decidirán, contra viento y marea, el curso de sus destinos.

—¿Qué ocurre con las teorías sociales en latinoamericana?

—Escribí, en 2008, que había un imaginario social identitario latinoamericano ausente. Hoy agregaría que eso es, probablemente, nuestra mayor debilidad, diríamos geopolítica, porque enfrentar un mundo globalizado como el que conocemos, desde la fragmentación continental, es un error

estratégico propio de construcciones políticas del siglo XIX y su concepto de Estado-Nación. Digo imaginario social identitario ausente, en especial en las élites nacionales, que jamás han sospechado siquiera la posibilidad de construir una entidad supranacional. Es, en parte, el efecto cultural de carácter neocolonial que alberga esa xenofilia que nos hace mirar hacia el hemisferio norte como modelo anhelado de sociedad. Lo latinoamericano carece de espejo porque no nos gusta que este último nos muestre nuestros rostros, sin maquillajes, sin “europeanizaciones”. Lo latinoamericano, en definitiva, es simplemente una deuda que tenemos con nuestros propios pueblos, a la cual una auténtica epistemología del sur —parafraseando a Boaventura de Sousa— debiera ayudar a saldar.

Cita recomendada

D’Atri, A. M. (2023). Reportaje a Manuel Antonio Baeza. “Nuevos imaginarios impactarán en nuestras relaciones sociales”. En: *Imagonautas*, Nº 17 (12), pp. 324 - 328.